



CRÓNICAS

a la luz de la luna



MUSEOS
A LA LUZ DE LA LUNA
La Nación de los Museos de la UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Un museo sin sus visitantes carece de sentido.

Esta recopilación de crónicas realizadas por visitantes a Museos a la Luz de la Luna en el año 2019 nos acerca un poco a la mirada de todo aquel que pasa por nuestros museos y vive esta noche única en nuestra ciudad.

Paradójicamente editamos esta publicación en medio de una pandemia, mas de un año despues de que fueron escritas, retratadas, recopiladas.

El COVID 19 nos quitó un poco el sentido y nos obligó a reinventarnos. Hoy decidimos recordar y revivir a traves de las palabras, las fotografías y videos nuestros pasillos llenos de gente, sin distancias, nuestras galerias repletas de vida, los shows con público y aplausos.

Hoy intentamos que la luz de las linternas que muchos prenden esas noches , nos ilumine y nos devuelva un poco de esa vida que nos arrebató la pandemia.

Recopilación y edición realizada en Mayo 2021

Recopilación: Mariana Santamaria

Diseño: Pilar Alonso



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

INDICE

Colegio Nacional Rafael Hernandez

Por Lucia Velazquez

Si no es eterno, que sea inolvidable

Por Yole Barrionuevo

Crónicas

por mariapaulapadegimas

Una visita al conocimiento a la luz de la luna

Por JMR Figueiras

La noche de los Museos a Cielo Abierto. Entre la luna y la fronda. Por María Liliana Guido

Nuestra experiencia en la noche de los museos

Por Marian Mai

Crónica Fotográfica

Por Cecilia Ortíz

Amor Futbolero sin Límites

Por Silvana Zoia Cristobal

Crónicas Audiovisuales

Registros tomados por Facundo Ariel Sanchez Villordo

Museos a la Luz de la Luna

por Trinidad Malaruk y Paola Amadeo

Casa Curuchet

por Daniel Sagula

La Cronista Elena M. Denda

Crónicas Audiovisuales

Azul Celada, Vanesa Paradis, Lourdes Quinteros

Ciencia a la Luz de la Luna

Adrian Marcelo López Hernaiz

Colegio Nacional Rafael Hernandez • Por *Lucía Velazquez*

Como si de día no lo hiciera, su majestuosidad parece florecer al ocultarse el sol, y ya antes de siquiera cruzar la gran fuente central para llegar a la puerta de entrada, me infunde una solemnidad de novela victoriana.

Es sábado dieciséis de noviembre, día en que, gracias a la Noche de los Museos a la Luz de la Luna, el Colegio Nacional “Rafael Hernández” deja sus tareas cotidianas para convertirse en una máquina del tiempo dispuesta a transportarte.

Un poco cohibida (colosos así no son parte de mi día a día) las guías me reciben sonrientes y me avisan que el edificio está abierto en su totalidad y listo para recorrerse. Una de ellas me recomienda el salón de actos que está en el primer piso. Yo, lejos de proponerme un recorrido ordenado, me acerco a lo primero que me llama la atención: la gigantesca escalera de mármol y las dos columnas del mismo material que la escoltan.

Grandes ventanales acompañan mi ascenso, escalón por escalón. El ruido de mis pasos contra el alabastro me distrae por un momento, pensando en todos lo que habrán pisado ahí donde yo pisé.

El primer piso muestra señales de la vida escolar cotidiana: afiches de diferentes asignaturas cuelgan de las paredes, rompiendo con la seriedad de la arquitectura.

En el salón de actos conviven perfectamente el pasado y el presente: pesadas e imponentes cortinas, de algo que bien podría ser terciopelo azul marino, visten las ventanas y forman el telón prin-

cipal del escenario de madera lustrada. Un piano de cola aguarda a un costado. Al fondo, detrás de la última fila de butacas, una estatua de mármol vigila con ojos atentos. Los asientos no tienen nada que envidiarle a ningún cine ultramoderno: tapizados en otro tono de azul, ofrecen un confort ejemplar. Iluminando toda la escena, una monstruosa araña de vidrio cuelga sobre mi cabeza, a varios metros de altura. El auditorio ocupa nada más y nada menos que dos pisos del edificio, llegándose a ver las galerías en altura a ambos costados. Imaginé la infinidad de presentaciones de las que esas paredes fueron testigo, también los aplausos.

Siguiendo el pasillo fuera del auditorio se encuentran los ingresos a las galerías laterales que dan al patio. Desde esa altura se puede leer claramente la frase escrita con las baldosas: “Vive a lo loco, que lo bueno dura poco”.

Mientras disfruto del aire nocturno una voz interrumpe el hilo de mis pensamientos: Mónica (cómo después descubriría que se llamaba) estaba en camino a mostrarles algo a dos mujeres y me pregunta si quiero unirme. Mi respuesta no se hizo esperar.

La puertita por la que pasamos nada delataba de lo que nos esperaba adentro: el verdadero corazón de esa enorme capsula del tiempo. La habitación no es particularmente grande, pero sus paredes, que deben tener más de cuatro metros de altura, están cubiertas con estantes llenos de cajas de archivo de principio a fin. La “marea azul”, como



acertadamente Mónica la llamó por el color de dichas carpetas, guardada los registros de todos los alumnos que habían formado parte de la institución desde el 1900. Libretas de calificaciones, folios de asistencias, suspensiones y demás documentación de cada asignatura descansaban en cada estante. Cómo si eso fuera poco, nuestra guía, bibliotecaria de profesión y vocación, tenía en un pequeño escritorio, listo para nuestro escrutinio, el boletín de nada más ni nada menos que Rene Falaloro.

Los minutos (¿u horas?) pasan mientras Mónica nos hipnotiza con anécdotas de los personajes que pasaron por esos pasillos, como por ejemplo Ernesto Sabato. También nos cuenta que hace tiempo se está llevando a cabo un exhaustivo proceso de revisión de todos los documentos antes nombrados, para su optima preservación

Cortando el trance, nuestra guía de lujo nos escolta afuera de la habitación una vez terminado el recorrido. Le agradezco, pregunto su nombre y emprendo mi retirada. Mientras deshago mi camino por las escaleras, aprovecho para asomarme en cada salón que me cruzo: la sala de maestros, el despacho del rector, etc.

A la salida las anfitrionas de la entrada me sonríen, cómplices, o al menos me gusta pensWar eso. Después de salir de las entrañas de semejante gigante es difícil no sentir que te llevas un secreto.

Lucia Velazquez

“Si no es eterno, que sea inolvidable” • Por Yole Barrionuevo



Ella en medio de su obra de Arte más bella “La Marea Azul” que atesora las ALMAS de los que ya no están, los que estamos y los que vendrán. ¿Dónde está el corazón del Colegio Nacional si no es en este lugar? Gracias Mónica Bertin.

Mónica Bertin es la coordinadora de Patrimonio Histórico Documental del Colegio y la responsable de reorganizar el archivo de la Institución al igual que la sala de la Biblioteca Histórica



CRÓNICAS

por maríapaulapadegimas

Constantina me mira con su inocencia de 8 años.
Tiene los ojos grandes y atentos a quienes nos acercamos a su espacio.
En un ademán me sumerge en una imagen compuesta de estrellas.

Con la seguridad de quien conoce lo que hace, nos convoca a quienes la rodeamos a conocer esos micromundos escondidos desde la mirada que escudriña un espacio nuevo.

Relata suave y clara una aventura que, como espectadores, completamos desde la mirada y la inventiva, unos segundos ahí y un mundo nuevo se dibuja en nuestras pupilas atentas.

Constantina y la biblioteca viajera
Taller del caracol

Pude ver un montón de chicos amando la música.
Pude ver un hombre que los dirigía con la poética de la mirada y las manos.

Pude ver como una impresora podía volver un objeto herramienta, y una herramienta cohesión y esa cohesión sonido, melodía y poesía sonora.

Pude ver a la universidad siendo puente, saliendo del encierro de las paredes, respondiendo a necesidades, siendo extensión, siendo comunidad.

Transite esa noche un proceso diferente, reconfigurando el privilegio de tener como refugio este hogar artístico.

Me sumergí en el ejercicio de ser turista en la propia casa.

Una visita al conocimiento a la luz de la luna • Por J.M.R.Figueiras

1

De una mañana lluviosa, oscura, a una noche cálida y despejada, ¿Quién podría haberlo dicho?

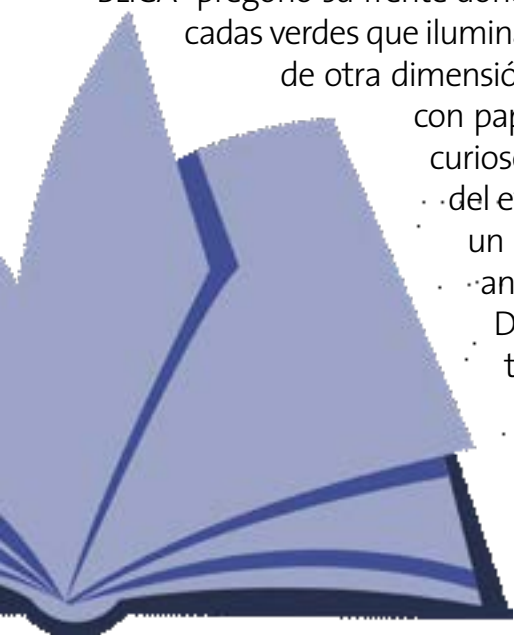
Alrededor de las siete treinta, emprendí viaje con mi acompañante por calle diez hasta llegar al primero de los sitios que había elegido, la calle estuvo transitada, los autos, los peatones y las luces me recordaron una tarde cualquiera. En contrapunto, la diagonal 73 se mostró desolada, persianas bajas y unas pocas frases que se perdieron entre las puertas. Pensé haberme equivocado aunque no desistí, apuré los pies, encaré sentido a Plaza Rocha y bordeé la ochava con la imaginación prendida fuego en imágenes y suposiciones. No me defraudó. El primer evento de la noche me recibió como esperándome, como una introducción de un libro que promete en demases: "BIBLIOTECA PÚBLICA" pregonó su frente donde cuatro columnas desprendieron arcaicas verdes que iluminaron la vereda, tres portales como ojos de otra dimensión. Bajo las luces, unas cuantas mesas con papeles y lapiceras negras contuvieron a curiosos peatones que decidieron participar del evento; dibujantes amateurs. El cartel a un costado inició la conversación con un anfitrión: "GENTE QUE DICE NO SABER DIBUJAR". El muchacho nos invitó a participar con una expresión de felicidad admirable, mi acompañante aceptó, yo observé. Observé los dibujos expuestos de anteriores valientes, re-

creaciones, con estilos propios y únicos, de imágenes seleccionadas de "Don Quijote de la Mancha" que descansaban en una mesa. Hombres, mujeres y niños participaron, todos dejando su interpretación.

Mis pies no me mantuvieron quietos, las puertas de hierro me llamaron a entrar, los escalones color crema y unas vitrinas con libros me marcaron el norte -imaginé una brújula- dentro de un mapa por descubrir. Nuevas anfitrionas se acercaron, me saludaron y me introdujeron a las posibilidades de la visita, nuestras palabras se intercambiaron entre los libros como si cada sílaba se transformara en un adorno más de la sala...

Subí por la escalera hacia la parte de arriba, la temperatura se tornó un tanto cálida, y desemboqué en un bifurcación que separaba la luz de la penumbra -de haber sido una película hubiera elegido el camino fosco-; mi cerebro hubiera pensado que lo más extraño se encontraría tras rincones oscuros y muebles repletos de telas de araña, pero las luces y voces me arrastraron hacia cosas que jamás antes había podido conocer a una distancia tan cercana. Caminé hasta la mesa extensa que mostró sus tesoros, donde las reliquias de tamaños anormales descansaban entre telas blancas y guantes. Las ilustraciones orientales pintadas a mano, con sus colores saturados, me alquilaron la atención por un buen rato: azules cobalto, rojos pasionales, doncellas, guerreros, sirvientes, telas, costumbres de una cultura ajena. Desvié mi vista. Los más grandes tuvieron su turno, los libros en latín con sus encuadernaciones gigantescas, sus tapas de cuero opaco, los bordes de oro, música que trascendió gracias al deseo de un fanático que lo expresó en gruesas hojas. A su lado, unos papeles con salpicaduras "Marmoleadas" se lucieron como un Pollock que separa la tapa del texto... una técnica que solía hacerse manualmente, una artesanía, un oficio de una época gloriosa.

Sequé unas pocas gotas de mi frente y abandoné el área principal. Me dejé llevar por las grandes paredes de ladrillos encuadernados, abandoné mi cuerpo a la gracia de conocimientos añejos y me



perdí en aquel dédalo... como en las antiguas leyendas griegas, donde más de uno guardó un tesoro preciado... su vida, su alma. Encontré la salida y me inmiscuí en la habitación de un prócer, de su prócer, de un tal Joaquín V. Gonzales. Vi sus cosas, me empapé en su vida -por así decirlo-, observé su cama, su bastón, sus lentes, su busto, su escritorio con sus libros, todo en una preservación majestuosa. Continué desplazandome y me detuve junto a su cama de porte imponente donde descansaba el objeto más opaco de la habitación, un objeto que descoloca: dos semicírculos de plomo que conservan en sus relieves de detalle espléndido una matriz de impresión de un periódico ¿Qué contará? tiene firmas, ilustraciones, restos de alguna tinta, la fragilidad de su esencia.

Volví a las estanterías buscando otra salida, aquella puerta anterior a tomos fundacionales, registros del Banco de la Nación, obras, folletos, diarios de tiempos inimaginables. Vi el espacio abierto re-

pleto de silencio. La escalera como un remolino me devolvió a la sala donde mi viaje comenzó, donde di cuerda a mis pies ágiles. Respiré por última vez el olor, percibí la calidez y la resonancia del espacio, bamboleé los ojos buscando el final del techo inmenso y ahí fue cuando las imágenes, anteriormente vistas, cobraron vida en mi mente. Las ilustraciones, las letras y caligrafías adornadas... todo aquella historia de lo que alguna vez fue nuestro suelo se encontraba guardado en la mejor alcancía. Me sentí en paz..

Mi ruta recién había comenzado, una historia. Me pareció prudente comenzarla con el lugar donde los conocimientos continúan vivos, donde miles de voces e ideas lograron vencer la muerte, y se mantienen en movimiento para enriquecer nuestro saber.

2

Caminé por calle 47 hacia 1, dejé de lado el pequeño teatro y los árboles de naranjas amargas. La noche se mantuvo templada, despejada y con una luna casi llena, grisácea, que animó a varios a salir a disfrutar de las aventuras que propusieron nuestros museos. Mi acompañante se mostró proactiva y contenta, me tomó de la mano y admiró la tranquilidad de la calle. Yo me encontré tildado, concentrado, intentado predecir lo que en pocos momentos iba a tener frente a mis ojos.

Crucé calle uno, frente nuestro el Colegio Nacional se irguió como un coloso magno, algunos recuerdos de mi adolescencia me dieron pequeños flashes de fiesta y jolgorio, imágenes anacrónicas, amigos, conocidos y no tan conocidos. Continué camino, ya aquellos jóvenes son adultos, bordeé sus paredes y me adentré sendero de cemento ornamentado con pequeñas plantas y árboles. Las construcciones amuchadas unas con otras, los carteles coloridos y los personajes vestidos con batas blancas me libraron



de toda duda sobre mi destino. “Química y Farmacia”. Entré a la fortaleza de fachada no iluminada quedando frente a un extenso y ancho pasillo, dos anfitrionas se presentaron y nos contaron sobre las actividades y exposiciones; nos sugirieron no perdernos las demostraciones que iban a llevarse a cabo en uno de los laboratorios. No lo pensamos, atravesamos el canal de personas y, con la viveza de un niño, dimos paso rápido hacia la habitación indicada: otro pasillo nos encontró. Dentro, niños y adultos mantenían la atención puesta en un señor de bata blanca que hablaba señalando con sus dedos puntiagudos una tabla periódica... Los compuestos me recordaron fichas de tetrís, fichas que podían ser encastradas para crear y destruir, una tabla de coordenadas de la vida para un mapa que va más de allá de lo conocido... Me acomodé en el poco lugar que encontré, los tubos de ensayo, pequeños frascos, decantadores y otros objetos descansaban en una mesada extensa de granito. Detrás, el pizarrón descifró enigmas y los simplificó para los espectadores ordinarios, los niños esperaron en silencio, esperaron la magia, murmuraron. Las manos puntiagudas comenzaron a moverse, dentro de un tubo largo y transparente un líquido azul se mezcló con agua oxigenada, todos callaron... pasta de dientes para elefantes, dijo la asistente que tomó el próximo pote a usar... el otro compuesto entró en contacto, una especie hervor siseo y una espuma de oxígeno creció como una nube caliente color amarillo; la gente aplaudió, el show había comenzado.

El calor comenzó a sentirse, los niños se agruparon en una fila privilegiada frente a la mesa. La llama del mechero se encendió con su tono azul claro. El Químico sacó de una cajita una virulana y una varilla corta de magnesio, las pinzas se encargaron del asunto, el mechero acechó como una pequeña bestia mientras la virulana se acercaba, pero no sucedió nada. Otro pequeño enigma se resolvió en la pizarra, parte del aprendizaje, parte del suspenso. El calor pareció no molestar, las gotas de sudor cayeron espesas y mi mano limpió rápido corriendo mi mechón de cabello. Fue el

momento del magnesio, nuevamente las pinzas se acercaron a la llama con delicadeza, la varilla pareció no reaccionar... pero con una pequeña explosión, el pequeño filamento se encendió con una lumbre encandilante sorprendiendo a los cercanos que taparon sus ojos. Los niños se maravillaron, yo me maravillé.

El público aumentó.

El químico se llevó alabanzas, pero guardó una sorpresa. La mesa fue llenándose a medida que avanzaron las muestras, demasiados compuestos y ácidos. El showman intentó ordenar la mesa pero se arrepintió, tomó una pequeña botella con dos clavos atravesados separados por apenas unos milímetros, la cargó de alcohol, la sacudió y luego la vació para ponerle un tapón rosa; en ese momento no dejé un segundo de observar sus movimientos, quise adivinar el truco. “Vamos a hacer una pequeña chispa” dijo el químico conectando unos electrodos a los clavos sobresalidos... nadie pestañeó. La tensión aumentó y las miradas se mantuvieron en la mínima separación que apenas se distinguía en el plástico. El químico apretó el gatillo y con una pequeña chispa, el tapón voló por los aires con un estruendo fulminante dejando a todos



boquiabiertos. Todo fue risa, todo fue un éxito.

Observé mi reloj y me di cuenta que el tiempo apremiaba. Salí del laboratorio y me tomé unos minutos para recorrer los pasillos, el Bingo Químico se promocionaba por entre las pequeñas mesas de exposición. Seguí unas fotos, fotos del pasado que se ilustraron la historia de la facultad, pequeñas migajas en blanco y negro y colores que me desviaron hacia donde una placa tenía escrito: Aula Magna. Dos personas charlaban en su interior, las gradas de madera firme se elevaban al techo y se concentraban frente a un pizarrón gigante... ¿Cuántas mentes brillantes habrían ocupado un lugar frente a aquella pizarra? ¿Cuánta tiza habría sido usada?, ¿Cuántas voces importantes habrían hablado hacia un público joven, hacia mentes hambrientas?. Dejé el espacio con su memoria latente en las paredes.

Revisé rápidamente el laboratorio repleto de microscopios, los guías nos llevaron de manera ordenada, y didáctica, por las varias muestras que se podían apreciar tras las ópticas de los complejos aparatos. Aprendí sobre la anemia y la observé, observé círculos rojos y naranjas que se chocaban como pequeñas lamparitas sobre un fondo percutido... Una nueva imagen para mi cerebro, hubiese querido más pero el tiempo no me lo permitió. Salí del laboratorio y crucé el edificio, me retiré por la puerta trasera con una libreta tan inquieta como un pedazo de magma.

3

El sendero frondoso no tardó en mezclarme con una multitud de caras nuevas, cuerpos que se desplazaron por aquel laberinto sin paredes, y stands enfrentados que me recordaron a una feria de fin de semana. Las campanas resonaron cual finas voces inenten-

dibles armonizando mis pasos, las gotas de sudor desaparecieron y mi cuerpo se templó al clima suave de una noche sin estrellas, una noche en la que pude sentir una suerte de comunión uniéndonos al goce.

No hubo paredes, como dije, la Física se desarrolló en un recorrido con la naturaleza: “Los Sonidos” fue la consigna. Diapasones diversos, gramófonos, aparatos de medición, tubos de cartón variados en donde niños hablaban por sus extremos tratando de transmitirle un mensaje a algún interlocutor... los árboles no se escucharon, no hubo viento, pareció adrede. Continué caminando, mis oídos se direccionan hacia donde unos instrumentos de arcilla se manufacturaban y testeaban, siluetas de la naturaleza que despedían cantos, sonidos bellos como los de algunos tiempos ancestrales. No fui el único en escucharlo, en comprenderlo, todos los sonidos entonaron como en un ritual. Por un momento juré escuchar las voces de unos niños que se escondían camino a clase entre los callejones de concreto, quizás sus voces perduraron desde un lunes, un mes o años.

Un oído gigante intentó devorarme con sus pliegues de cartílago. Dos guías lo controlaban blandían sus armas extensas de plástico y punta de algodón como caballeros de un castillo; los hisopos descomunales invitaron a adentrarse en las profundidades de nuestro órgano auditivo, empujaron con cariño a los niños y adultos que se atrevieron a ser comidos por la bestia. No tuve nada que perder, me adentré y hallé sus pilares fundamentales, todo a la vista, el tímpano, el martillo, el yunque y el estribo. Otras anfitrionas nos explicaron su funcionamiento, perdí el miedo y lo comprendí... acarié el cartilago en señal de despedida.

Unas hojas resonaron amplificadas a mi tacto, susurros de pequeñas caricias con un sonido asombrosamente diferente que provocó una experiencia desconcertante; más de uno quedó shockeado cuando acercó su palma inquieta. Frente a este, otro stand

nos propuso escuchar sonidos diversos y meternos en un mundo aislado en donde, por medio de unos auriculares, anulaban el entorno y nos sumergieron en una situación totalmente ajena: aplausos, paisajes, sonidos característicos que nos remitieron a imágenes en donde mi mente se perdió de su cuerpo por tan sólo unos pocos segundos. Toda una experiencia enriquecedora para los sentidos.

Me retiré por una cortina de discos de cerámica, una lluvia de pequeños platos unidos entre sí por hilos que crearon un sin fin de suspiros angelicales; un pequeño chubasco para mis oídos, un llamado a los demás... ¿Habrá habido un llamado par mí?

4

Salimos del callejón por una reja y terminamos en una calle desolada que daba a una arboleda oscura, escuchamos unas voces se perdieron entre bocinas distantes, escuchamos el comienzo del canto de los árboles. No fue mucho trayecto hasta volver al conglomerado de civilización y encarar rumbo hacia la Avenida Iraola, la antigua calle que tantas veces recorrí en mi niñez yendo al zoológico. La fragancia a carne asada y humo se apoderó del ambiente, múltiples parrillas iluminaron con sus focos y luces de colores la calle extensa, la calle donde se pierde un lago, juegos y escondites que bien conozco. Mis padres comiendo algún sanguiche, viendome correr entre las cuevas blancas que daban al lago, los demás niños buscando compañeros de juego, una pelota, los pájaros, todo como un fragmento de película fotográfica, todo como una marca que no se va.

El camino fue largo y no pude dejar de notar, de igual manera, el zoológico derruido, aquel espectáculo tan activo años atrás en donde parejas paseaban y excursiones escolares copaban la entra-

da con ruidosa vehemencia. Hoy día sólo es algo olvidado, paredes y rejas en donde fotos de unos pobres animales que sufrieron y que, según declaraban unos carteles vistosos, habían sido liberados yacen pintadas contradiciéndolos. No supe qué creer, fue un sitio bello en mi niñez, probablemente no llegué a entender lo que realmente sucedía. Mi acompañante me sacó de mis pensamientos, cambió el tema y seguimos... una idea no logró irse, deseé que aquel lugar se transformara en un gran jardín repleto de caleidoscópicas flores... quién sabe, quizás pueda suceder...

La calle transversal se inundó de humo y personas que se unieron a una cola extensa y poblada, una cola con niños portadores de luces y linternas esperando alocados la llegada de su turno. Es un juego, pensé, una aventura gigante para seres de tan pequeño tamaño. Caminé hasta la escalinata portentosa donde los guardias de dientes voraces y cuerpos de piedra custodiaban sentados. Las luces azules y rojas, de manera intrépidas, expusieron con majestuosidad el símil partenón que se extendió en la noche, el humo espesó el ambiente, y los anfitriones se distribuyeron en las puertas controlando a las personas que fluían como hormigas del “Museo de La Plata”. Las voces y ruidos del exterior no se compararon con los sonidos heterogéneos que se desprendieron en la sala principal. El busto de Francisco Pascasio Moreno nos recibió con una mirada escrutante... “Elija su camino, joven” escuché imaginariamente con una voz potente. Los caminos lóbregos hacia la vida que se reconstruyó gracias a la muerte.

Mi camino fue confuso, la marea de gente se movía intensamente, mi acompañante me guió por los numerosos pasillos en donde la vida comenzó a evolucionar de estados muy primitivos y pequeños, a especies vertebradas de todas las formas y colores. Las linternas foguearon las vitrinas en destellos enceguecedores, los niños corrían y buscaban los huesos grandes; yo me centré en los insectos. Siempre me dieron intriga aquellos seres de seis patas -no es el caso de los seres de ocho patas, aquellos prefiero no encontrarlos- sus colores

metalizados, sus carcasas construidas de maneras tan diversas, sus antenas y mecanismos de defensa/supervivencia. Las mariposas me robaron el aliento, tan coloridas, tan diferentes, tan resplandecientes que soñé que atravesaban la vitrina para volar y perderse entre los frascos y huesos de alguna sala. El escarabajo esmeralda hipnotizó a mi acompañante, la desperté de su trance y continuamos. Caminamos hasta un balcón que dio al primer piso, el dinosaurio de cola larga se fragmentó con las luces rojas y algunos flashes de fotógrafos que se movieron ávidos entre el tumulto de niños. Las vértebras parecieron no tener fin, parecieron un torbellino de calcio y arena... Diplodocus.

Apuré el paso.

Paleozoico, Mesozoico y Cenozoico me atravesaron por épocas de las que sólo tenemos razón a través de pocas pruebas, épocas inimaginables en un contexto real. Épocas perdidas por algún evento natural que decidió sepultarlos para siempre. Armadillos gigantes del tamaño de un rinoceronte, Iguanodon, Tyrannosaurus Rex, Protoceratops, entre otros. Mi mente no paró de recordarme mi pasión de pequeño por los dinosaurios, una locura fomentada gracias a las tantas ve-



ces que vi las películas de Jurassic Park... debería leer el libro en algún momento.

Los Pueblos Originarios de Argentina y Sudamérica, estatuas de colores fuertes y máscaras demoníacas, vasijas, instrumentos musicales e historia sobre antepasados que vivieron en lo que alguna vez fue un continente virgen, libre de todo toque “avanzado” de una civilización Europea. Todos esos restos esconden un pasado que lamentablemente dejó un rastro invisible de marcas de sangre.

Dos vueltas a la izquierda, una a la derecha, un remolino y terminé en Egipto, quién sabe cómo. Entré en una marea que no cesó de caminar, que no paró de observar y enloquecer con los registros arcaicos. Pude detenerme, pude escrutar las Inscripciones jeroglíficas talladas en piedras, aquellos relatos, crónicas o simplemente observaciones expresadas con imágenes pequeñas una detrás de otra. Pájaro, pierna, cruz, tabla, lazo. ¿Quién tallaba amaría la escritura?, ¿Amaría la expresión? ¿La entendería como tal?. Continué con recreaciones ilustradas, observé cerámicas, fragmentos... los sarcófagos... estos último no tuvieron una observación detallada, parte por el público podría decirse, parte por mi extraño respeto a las tumbas.

Dejé las civilizaciones antiguas. Mis pies me llevaron por un corredor repleto de huesos, un pasillo extenso en donde vitrinas como paredes albergaban esqueletos de todo tipo de mamíferos en posiciones vivas. En su centro vi los más grandes, los vi erguidos, parados como si hubiesen vuelto a la vida en una estampida eterna... movimientos microscópicos de algún llamado de la naturaleza, un leve polvo de vida.... La ballena navegó por el cielo raso acechando al gran mamut, sus aletas inexistentes arrastraron el viento que me guió hasta el final. No vi agua, no vi tierra, sólo vi aquella cuenca enorme del mamut como un ojo lúgubre y denso. Todo se volvió silencio en mi cabeza. Sentí que la recua se detuvo.

Abandoné el museo por la misma puerta que entré, muchas personas continuaron esperando su entrada. La fila larga se perdió como una marea eterna. Quizás aquella sea la ruta que siguen los animales, aquel llamado invisible que sentí al verlos inertes. Mis pasos se fundieron en el recorrido enérgico desprendiendo chispas hacia la luz de una luna clara y casi blanca... Debí continuar.

5

Mi acompañante me recordó la hora. Aceleramos camino por la avenida, las pequeñas piedritas del camino que bordea el Bosque se anidaron en nuestro calzado veraniego... ¿Por qué había elegido ojotas para semejante periplo?... observamos a lo lejos el Monumento a Bartolomé Mitre y aceleramos el paso perdiendo al triángulo de piedras entre los árboles.

Encaramos derecho por una fila interminable, una línea que asomó desde la esquina del monumento, y donde gente apelotonada desembocaba en la puerta de nuestro última aventura. Seguimos la fila como a una serpiente de vértebras desiguales: niños, adolescentes,

adultos observaron el rastro de huellas que fueron abandonando. Una gran luz nos iluminó en la pequeña valla que, junto al cartel “Facultad de Ciencias Astronómicas y Geofísica”, nos dio paso al edificio. Las anfitrionas nos reconocieron y nos invitaron a pasar. La construcción rectangular, de estilo griego, envolvió una puerta de madera ornamentada, un portal de cruce que nos dejó en unos pasillos angostos y extensos que dormían totalmente en soledad; el rastro de luz marcó nuestra ruta, nuevamente. Seguimos el rastro invisible hasta entrar a una habitación donde una guía había comenzado su charla. Una araña de bronce nos iluminó en la espaciosa biblioteca, la voz de la anfitriona resonó cómodamente entre los libros que guardaban secretos del cosmos, de la vida, de miles de preguntas sobre el firmamento... Libros almacenados como lingotes de oro en un banco... como aquel libro que se mantuvo encerrado entre vidrios: 1748: “Lunario de un Siglo”. Aquellas hojas hicieron que me perdiera entre sus manchas por un momento, vi sus credenciales y firmas embellecidas como privado de mi entorno, como embrujado.

Volví a la voz de la muchacha que nos contó la historia del lugar, volví a la luz que tocaba con tonos esfumados las maderas; ella nos señaló la mesa, extensa, alistonada, con piezas en forma de estrellas; nos señaló el techo, su firmamento adornado con dibujos de flores, estrellas, animales míticos y telescopios opacos que jugaban con bordes dorados... una pintura excelsa.

Salimos por un pasillo de columnas griegas y estatuas de pensadores al patio fresco de la noche que se mantuvo tranquila. Sólo el sonido de unos parlantes ajenos nos interrumpió brevemente. El nuevo guía contestó nuestras preguntas mientras nos trasladó a través de un breve sendero hasta el primer domo, el más pequeño, una carcasa gris cemento donde pude ver a un murciélago fundirse con la noche en un vuelo sigiloso. “Telescopio Reflector”, dijo el cartel. Una escalinata nos introdujo en una pequeña puerta, alguien tropezó con su marco en la presencia del tubo hierro-azulado de grueso calibre, de la

primer maravilla que apuntaba al cielo tras la rasgada cúpula negra. El suelo tembló con los pasos de los curiosos. Los engranajes dorados, los pequeños tubos, los cables, los espejos ocultos y la pequeña rodaja de cielo, todo como se embelleció como una cuenta matemática precisa, una suerte de conexión con algo que puede ver más allá de la naturaleza tangible. Todo se manifestó como un plano aéreo en mis pensamientos, como recuerdos que no tuve, recuerdos de carretas y tiempos de vapor.

El sendero de rocas desiguales, emanadas de la misma tierra, nos condujo hacia otro observatorio más elevado, diferente. Unas paredes lejanas ilustraron con gracia marcianitos verdes en sus naves, platillos voladores caricaturizados y planetas de colores intensos como nacarados. El cartel oscuro junto a mí, usó la palabra "Astrográfico". Subí las escaleras junto con nuestro guía el cual se mostró apurado: la gente esperaba fuera en la fila, el horario se achicaba, todos debían ver el espectáculo... El primer contacto fue con relojes antiguos y vitrinas que rodearon como a una divinidad una caja alargada que pendía a 45°. Las vitrinas a sus costados guar-



daban pedazos de vidrios, fotografías de los astros, impresiones de otros tiempos como puntos negros en infinitos blancos... imágenes sencillas que dieron la posibilidad de tener fracciones del universo en una mano. No puedo imaginarme la alegría de sus operarios.

El guía nos apuró, llegó el momento más esperado.

El domo gigante se alzó como un hongo dominante entre la noche. Lo atravesamos. Las paredes de color amarillo y los ladrillos brillantes transformaron su interior en un día, una antesala tranquila que atajó nuestro cuerpos cansados entre más objetos de medición. El antiguo sistema de relojería pasó desapercibido por la multitud, su forma y su color engañaron a más de uno. El grupo se amuchó entre las vitrinas esperando nuestro turno, sentí mi estómago crujir, no había comido nada, lo había olvidado por completo en aquel ataque de aventura. No me importó. El grupo anterior abandonó la sala, subimos por la escalera enroscada y angosta, la cúpula magna nos estremeció con un techo sin fin color verde agua, una ilusión óptica que acompañó con un equilibrio latente al gran telescopio. Escaleras, pequeños engranajes, tubos, rieles, todo en un espacio que atajó a la multitud con tranquilidad y sobra, atajó sus voces, sus pasos y los ecos con una grandeza admirable.

Una muchacha se presentó, nos introdujo al coloso que levitaba: "Gran Ecuatorial Gautier". Sus pequeñas manos desplazaron al gigante de nueve metros y una tonelada de peso como a una pluma; los niños se asombraron. Las miradas pequeñas transmitieron sus pensamientos en sus ojos: quieren tocarlo, anhelan ver por el telescopio. Yo me senté cómodo con mi cuaderno en mi regazo, la temperatura disminuyó manteniéndose amigable, y mi acompañante fotografió lo más que pudo con su celular. Los niños continuaron preguntando y la anfitriona mostró, con el presionar de un botón, el proceso de relojería que mantuvo activo al catalejo gigante. Lo detuvo. Ella lo supo, esperó lo suficiente: "Necesito un ayudante" exclamó. La euforia estalló, varios niños la asistieron en la apertura de la cúpula, tocaron bo-

tones, movieron sistemas, toda con una emoción que se sintió en el aire. El firmamento asomó por la ventana rasgada lentamente, el cilindro se desplazó como un tronco flotando en aguas claras... pero todo quedó ahí... todo lo bueno tiene un final.

La demostración concluyó.

Ya era tarde, ya era hora de volver a casa. Los pies bajaron por las escaleras angostas perdiéndose entre otro grupo de curiosos que ansiaban el gran final. Yo escribí sin observar mi camino con una caligrafía cuestionable, mi acompañante me guió hasta el espacio de árboles. Respiré profundo y comenté algunas palabras, algunas sensaciones, dejé el anotador y me dirigí a un claro a observar el cielo ¿Cuántos habrán mirado y se habrán preguntado sobre su existencia? ¿Qué habrá más allá de las estrellas? ¿Por qué puedo hoy hacerme estas preguntas?

Todo mi recorrido funcionó como un homenaje y búsqueda en las materias que investigan los motivos que consideramos normales, desde el micro al macro, desde el esplendor de los astros hasta la célula más pequeña, desde un sonido fragoroso hasta una vibración imperceptible. Lo visible, lo invisible. Todos conocimientos en continuo desarrollo y cambio, todo almacenado en libros o iniciado su recorrido mediante ellos. Todo inmortalizado, todo trascendido. Todo en una noche, en un intento, con el faro gitano como testigo, el primer cuestionamiento de muchos y el amor de poetas que no pudo ser correspondido..

J.M.R.Figueiras

La noche de los Museos a Cielo Abierto. Entre la luna y la fronda • *Por María Liliana Guido*

El cielo se despejó. Anochecer apacible y cálido.


En penumbra, en el Parque de la Facultad de Física, se alistan estudiantes y docentes para que a través del arte, el ingenio y el juego el público trascurra entre el sonido y la luz.

Por la diagonal 77 camino hasta 47. Me detiene un panel luminoso a la entrada del Liceo “Forjar encuentros para construir lo común”, de eso se trata.

Apurados la niñez, la adolescencia en familia atraviesa corredores y senderos, como si el sonido los guiara. El reloj marca las 19 horas, también corro.

Bajo la fronda de los añosos árboles, los instrumentos de viento hacen vibrar la enramada y nuestra curiosidad. En la rotonda de entrada al bello edificio, a través de uno de los tantos coloridos susurradores, soy bienvenida con las letras de una poeta chilena, que precisamente en en estos tiempos de despertares, imagina “emerger mariposas” desde el abismo (VIII de Roxana Miranda Rupilaf) y me regalan sonrisas y el poema impreso, puedo sumar otras poesías arrolladitas distribuidas sobre el murito que rodea un gran árbol.

Agradecida, con creciente entusiasmo, encuentro a pocos pasos una vistosa instalación colmada de infancia aprendiendo a construir un instrumento musical con barro cerámico, tiene forma de



pajarillo y replica uno de los tantos instrumentos musicales de los nativos de nuestra Latinoamérica. Detrás del tablón de trabajo se puede recorrer una colección de recipientes cerámicos que articulan un medio líquido -agua- con la emisión de sonido a través de orificios para la boca y los dedos. Todos, varones y mujeres, jóvenes estudiantes y maduros docentes visten batas y cofia de liencillo en color crudo con guardas en el color del barro y pienso en la dedicación puesta en juego para “forjar encuentros”.

No será el único.

El laberinto de la oreja nos mete en la Córlea y nos encontramos con los huesitos del oído interno en tamaño gigante, a la medida de la curiosidad de la niñez para aprender el camino de la onda sonora en nuestro cuerpo. A continuación todos podemos observar imágenes de las prodigiosas células auditivas que comenzamos a perder a partir de los 9 años y reconocer los sonidos de la naturaleza. Y pienso cuánto trabajo tributan para iluminar el mundo sonoro la en “noche de los museos” a cielo abierto.

Me detiene un mostrador de limones con sensores de zinc y de cobre clavados en la cáscara, que captan las ondas de sus iones interiores capaces de encender una luz minúscula, captura energía.

Recuerdo una lectura de esta semana “...Entre ese sordo ruido, de huesos que hienden y que desgarran, se escucha la voz de Bicho, llena, masticando el pellejo desflorado del limón:...” (Hernán

Ronsino: La Descomposición). Entonces pienso en la amalgama poética y científica de aire, luz, sonido y agua en la infinita creación de la naturaleza y la cultura.

Me invitan a caminar entre caires de cerámica y mi paso se hace música, enseñan como captar el sonido de las hojas de las suculentas y con un diapazón advertir las variaciones de sonido de las rocas según su densidad, para poder acceder a lo inaccesible como el núcleo de la tierra. El pensamiento humano viajando en la onda sonora. Y, la polilla que cambió su forma de volar para eludir la ecolocalización del murciélago con una desconocida acrobacia. Inventos.

Me voy plena de saberes y de generosidad, de encuentro en construir lo común.

Esa la sucesión de imágenes de un chorrito de agua que altera la ley de gravedad cuando su sombra sobre una pantalla cambia de sentido por acción del volumen de un sonido, cuando aumenta, el chorrito de agua, en vez de caer sube en la imagen proyectada. Es a semejanza de como sucede una “filmación”.

Recuerdo el impacto de las primeras ecografías, el sonido cómplice de la luz, poder ver el embrión de la vida latiendo, cuando mi nieto en gestación.

Retorno con pasos ligeros, celebrando la oportunidad.

Gracias, Liliana Guido

Nuestra experiencia en la Noche de los Museos • Por Marian

Las noches de noviembre platenses suelen ser las más impredecibles del año, especialmente debido a cuestiones climáticas: tardes soleadas y cálidas pueden convertirse en tempestades que sorprenden a desprevenidos de sandalias y remeras de algodón.

El sábado 16 no fue la excepción. Luego de un día en que el sol y las nubes se turnaron para confundir a la ciudad, densas nubes cubrieron el cielo y la humedad reclamó protagonismo.

Alrededor de seis de la tarde, algo empezaba a llamar la atención en la ciudad: el termómetro marcaba la temperatura justa.

Emprendimos el viaje hacia el bosque -nuestro circuito electo ya que eran muchos los espacios a visitar e imposible verlos todos en una noche-. Los organizadores sugirieron recorridos, según el lugar en el que uno estuviera y su interés, de manera que era posible combinar el itinerario “ideal”.

Linterna mediante, nos adentramos en el Museo de Ciencias Naturales, en donde el asombro pudo con mi pequeña, no sólo por lo imponente de

su arquitectura sino que descubrió que “Diego” era un Smilodonte!!! un gran depredador de América del Norte provisto de garras y enormes colmillos que vivió hace 60 millones de años era quien protagonizó una de sus peli favoritas!!! Imposible multiplicar tanto sus deditos para contar las velitas de su torta... Siguiendo el recorrido, se encontraban representantes extintos de la fauna que vivió en la era Cenozoica, culpables de nuestra mayor sorpresa, por su inmensidad, y por su cuidada conservación en el Museo.

Familias enteras, grupos de jóvenes, parejas de todas las edades, tíos, hermanos y abuelos, linternas en mano, todos tuvieron la excusa para devorar gustosamente la propuesta. El museo podía ser recorrido libremente, sin condicionamientos ni propuestas lúdicas grandilocuentes. La tarea era OBSERVAR. La Noche de los Museos supo desafiar y salir victoriosa de algo que se repite hasta el cansancio, la idea que justifica la oferta culturalmente mediocre en los deseos tácitos de la gente anónima e inconsulta. Muchos advertimos que el museo es un destino válido para la recreación, no de unos pocos, sino de todos los que así lo deseen.

Salimos. Botellita de agua y sanguchito de una tradicional parrilla del bosque, nos ayudaron a calmar la sed y seguir nuestro itinerario por el bosque. Nuestro postre: las moras del histórico árbol asentado en las



veredas del Museo de Astronomía y Geofísica de la Facultad de Ciencias Astronómicas y Geofísicas, acompañaron nuestra espera hacia el ingreso al “Observatorio” como nos gusta llamarlo los platenses.

¿Qué son las estrellas? ¿Cómo se mira a través de un telescopio gigante? ¿Qué es la apertura en un telescopio? ¿Desde cuándo observamos los astros desde esta unidad académica? ¿Cómo era hace cien años? ¿Cuántas preguntas caben en una noche?

Exhaustos pero con la adrenalina al tope, jóvenes estudiantes o egresados de la carrera contestaban de manera apasionada cada una de las preguntas de un público entusiasta y ávido de conocer el magnífico mundo estelar. Conocimos los tres telescopios de la unidad académica, todos ellos distintos en su historia, características y usos.

Sin desnaturalizar los espacios académicos, esta breve visita logró transmitir una gran cantidad de conocimiento especializado de alto nivel sobre el estudio de nuestro cielo y las herramientas que tenemos

para ello. Despertó el interés de muchas personas por saber más, por investigar, por aprender. No fue casual que la frase más escuchada de la noche haya sido “acá hay que volver”, preguntando tímidamente sobre las tradicionales visitas que se hacen los días viernes en la facultad para poder ver los astros con ese inmenso telescopio.

De eso se trata, multiplicar es la tarea.

La actividad extensionista en las universidades ha sabido ser un tópico debatido. ¿Cuál es el rol de la universidad en la sociedad? ¿Qué relaciones deben tejerse entre el adentro y el afuera de las casas de altos estudios? ¿Qué lugar ocupa en la universidad la gente que no estudia ni enseña en ella? ¿Qué lugar ocupa la universidad en el barrio? La Noche de los Museos es, en la humilde opinión de esta “cronista por un día”, la expresión más acabada y cercana a la perfección -si es que tal cosa es posible-, de lo que debería ser una actividad de extensión universitaria; por ser una actividad inclusiva (ya que su gratuidad contribuyó a la masiva repercusión), por su difusión, amplia y clara, llevada a cabo en medios de comunicación locales. También porque no subestimó al público: lograr que el conocimiento sea repartido y no impartido verticalmente, abrir la puerta y confiar en que la participación colectiva será la mejor de las alumnas porque justamente no se ceñirá al rol pasivo al que comúnmente se la relega. Fomentar y recuperar la costumbre de hacer preguntas sin vergüenza, de recibir con humildad la respuesta del estudioso, derribar las fronteras invisibles que se construyen entre el que sabe y el que supuestamente no sabe.

No nos alcanzó la noche para culminar con la visita planeada a la Casa Curuchet, esa joya arquitectónica platense que no tardaremos en visitar.

Hasta la próxima...

Marian Mai





Crónica fotográfica • Por Cecilia Ortiz

Llegamos al *museo del ladrillo* en calle 514 entre camino Belgrano y camino Centenario, a las 19 hs. comenzó la visita guiada en la entrada donde está la escalera original con ladrillos macizos Cti-bor, unos pocos peldaños hasta llegar a la construcción que mezcla lo histórico con la modernidad, en el primer salón se mostraban en realidad 3D edificios de la ciudad construidos por ladrillos de la fábrica, como la catedral, el horno Hoffmman, este último se encuentra en recuperación, por parte de la familia.

En la visita se detalló la historia familiar, la llegada a la Argentina, el inicio de la fábrica, el modo de trabajo, los materiales, herramientas, los estudios y pruebas actuales.

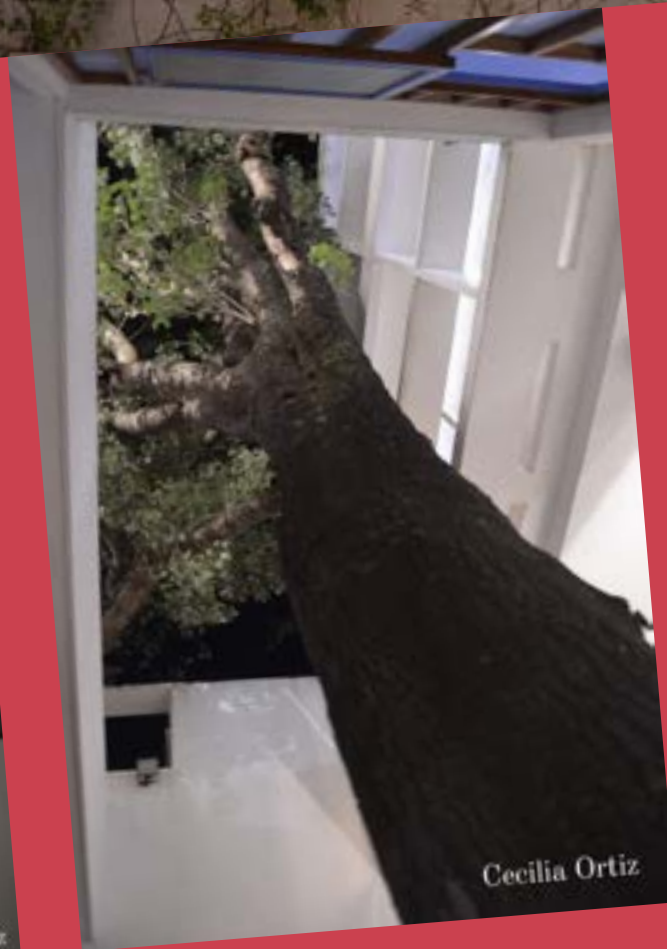
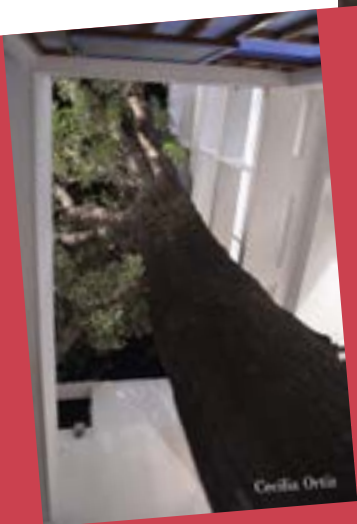
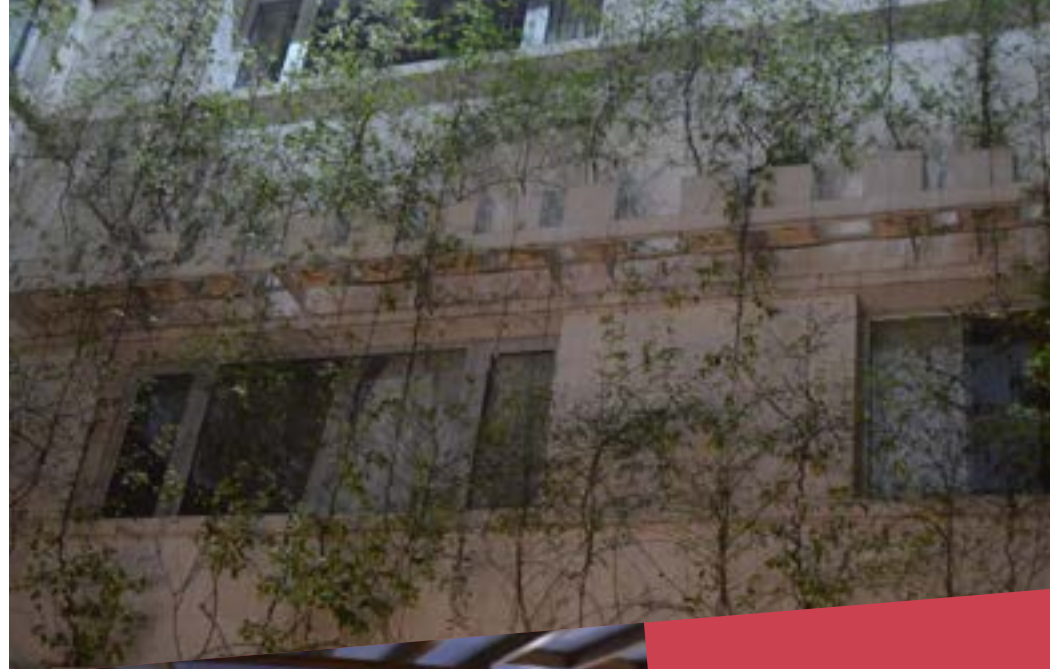
El trato por parte del personal del museo fue amable, claro y enriquecedor.



En la Casa Curutchet nos encontramos una fila con muchos asistentes esperando para poder ingresar, en el frente de la casa se proyectaron distintos fragmentos de películas, documentales, que entretenían la espera. Cuando ingresamos nos recibió un guía, que nos junto en el emblemático árbol dentro de la casa nos explico brevemente como fue la soledad que el médico cirujano Curutchet le hizo al arquitecto Le Corbusier. También nos informo que la casa fue declarada Patrimonio de la humanidad por la UNESCO.

Luego de la breve charla, pudimos recorrerla, tomando fotografías, dialogando en distintos sectores con arquitectos que contaban detalles de la construcción, materiales, usos, etc.

Cecilia Ortiz



Amor futbolero sin límites

Por Silvana Zoia Cristóbal

Eran las 20.25 hs y el Museo de Estudiantes de La Plata se encontraba iluminado. Tanto resplandor desdibujó la sonrisa de Martín, un niño de trece años que llegó acompañado por sus padres. Antes de salir de su casa esta visita parecía ser el lugar perfecto para unir sus dos pasiones: el fútbol y las linternas.

Su mano derecha sostenía una Fenix TKog Led, la mejor de su extensa colección. Estaba ilusionado en descubrir por sí mismo los rincones de la historia Pincharrata, cada encendido lo acercaría aún más a los colores que tanto amaba.

Casi al instante se percató que su máxima aliada en esta expedición era en verdad un accesorio innecesario y hasta incómodo, por eso se la dio a su Papá y éste la guardó en la mochila. Minutos después y viendo que a pesar de su deseo las lámparas seguirían prendidas, decidió darle una oportunidad a la salida familiar. Ciertamente era también que en ese estado lumínico sería más sencillo leer los titulares de diarios y revistas deportivas de la época, las referencias a cada objeto presentado, etc.

Tantas veces escuchó a sus padres hablar sobre el León y sus logros, que pasado ese breve momento de perplejidad, Martín se adentró en las vitrinas que reflejaban cada campeonato logrado. 11 títulos, 11 estrellas, 11 gritos interminables.

Como pudo leer en la Misión, el objetivo del Museo es preservar y difundir referencias e indicadores de la memoria de un fenómeno social, investigar y presentar el fútbol de Estudiantes en sus particularidades, algo esencial porque para entender el presente

de una institución es importante tener memoria. Aquí retumbaba una frase pronunciada por su Mamá, algo así como que cada decisión tomada en el pasado contribuye a cómo y dónde se está parado hoy.

Martín puso especial atención en los dos últimos torneos obtenidos por el club platense, Copa Libertadores 2009 y Campeonato Apertura 2010, esos que él mismo había vivido siendo muy pequeño de edad pero con recuerdos intactos. Reencontrarse con las camisetas de aquellos momentos y los recortes de diario lo emocionaron al punto que sus grandes ojos marrones se llenaron de lágrimas. Su Mamá, atenta a esta situación, se acercó y le apoyó la mano en su hombro.

Miró a su alrededor y encontró niños de su edad, padres y hasta abuelos. Todos interesados en recorrer cada sitio, tomándose fotos y conversando sobre lo reflejado en el Museo. Ahí se percató porqué se afirma con seguridad que Estudiantes es un club para la familia, lo estaba viendo él mismo y si logró descubrirlo más rápido fue también gracias a las luces de la sede social situada en 53 N° 620. De repente todo empezó a tener un sentido más claro.

¿Cómo podía ser que un espacio reducido ubicado en la planta baja fuera capaz de albergar tanta historia? Su Papá estaba inmerso en la vitrina dedicada al Campeonato del Mundo obtenido en Manchester el 16/10/1968. Lo fascinó la táctica empleada por los jugadores de su club, diagramada de puño y letra, y enmarcada para siempre en un cuadro detrás de la hermosa copa.

La exposición se encargó de mantener viva la memoria de esos referentes que ya no están, como es el caso del Edgardo Fabián Prátola. Una imagen del querido Ruso llevado en andas por Mauricio Piersimone y levantando la Copa Ciudad de Mar del Plata, luego de que Estudiantes derrotara por 3 a 0 a Gimnasia en Enero

de 2002, fue una detención casi obligada para los presentes. Por supuesto que tampoco faltaron las menciones y recuerdos para Oscar Malbernat y José Luis Brown, fallecidos en 2019.

El paseo familiar de Martín ya llevaba más de una y media entre lectura y fotografías. Hacía calor en ese recinto cada vez más lleno de gente, las ventanas estaban abiertas y también había distintos objetos alegóricos a la venta. Los tres decidieron cenar en el buffet del club, contiguo al museo, en el Salón Rapán. Y allí se sumó otro capítulo de esta gran experiencia.

Un nuevo sector iluminado donde se montó una pantalla gigante que proyectaba imágenes en blanco y negro del club y sus instalaciones de época, como el Estadio Jorge Luis Hirschi con sus tablonces de madera (1 y 55, 1 y 57 o simplemente Uno, se lo podía llamar de diversas formas pero todos sabían de qué lugar se estaba hablando). Aquí Martín escuchó murmullos de otros comensales recordando anécdotas y por un instante deseó ser más grande. Cuando él nació Estudiantes no hacía de local en su casa y hubiese sido espectacular presenciar partidos allí. Pero luego de la reinauguración del 9 y 10 de noviembre pasados, se le presentaba una segunda oportunidad: ver al Pincha nuevamente en su lugar.

Imágenes de exhibición y réplicas de trofeos rodeaban a los hinchas que se agruparon en la sede. Poco a poco la experiencia Museos a la luz de la luna iba llegando a su fin, había sido una linda travesía para Martín y sus padres. Esta vez no hubo que utilizar su linterna preferida, quizá eso quedaría para una próxima edición. Pero sin dudas que visitar un Museo siempre resulta enriquecedor, más aún si hospeda a una de las pasiones más lindas de la vida.

Silvana Zoia Cristóbal

Crónicas audiovisuales

VER VIDEO



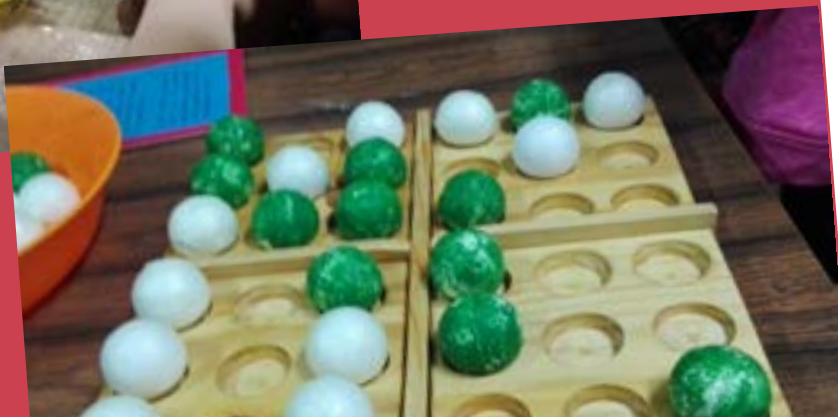
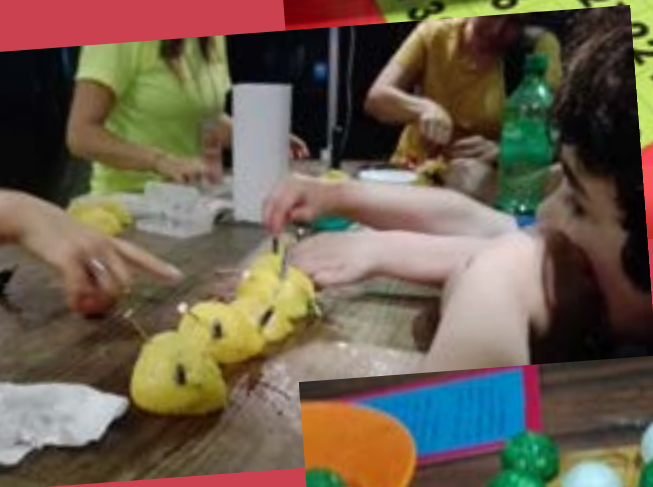
VER VIDEO



VER VIDEO



Registros tomados por Facundo Ariel Sanchez Villordo



Museos a la Luz de la Luna

Por Trinidad Malaruk y Paola Amadeo

La noche más mágica y esperada de la Ciudad. ¡La noche de los Museos a la Luz de la Luna! Con mucho entusiasmo coordinamos con amigas, consultamos y debatimos los circuitos para ponernos de acuerdo en qué visitar ¡existe mucha oferta disponible! ¡Genial!

Los elegidos fueron parte del circuito 2 y circuito 3:

Museo de Ciencias Naturales de La Plata

Museo de Ciencias Veterinarias

Y si nos quedaba tiempo el Museo de Física de la Facultad de Ciencias Exactas del circuito 1. ¡Mezcladitos!

Nos encontramos 18:30 hs para aprovechar al máximo y no volver tan tarde.. Esto último fue imposible de cumplir.. Tanto para ver y experimentar terminamos el paseo a las 23:50 hs aproximadamente ¡y nos quedamos con ganas de seguir!

Tarde de sol y temperatura super agradable, 6 y media salimos rumbo a la Plata. Estacionamos enfrente al zoo y nos encaminamos al Museo. Llegamos alrededor de las 7 a la puerta, con vendedores de linternas en la callecita arbolada por si te la habías olvidado y enseguida entramos. Nuestra idea era ir a la presentación “Geometrías de la Naturaleza” pero como era temprano nos dedicamos a recorrer el museo. Fuimos hacia la derecha, pasamos de largo la sala de la Tierra y desembocamos en la sala de los dinosaurios. Los sonidos intimidantes y una luz rojiza envolvían al diplodocus y nos dieron la bienvenida en la sala de Tiempo y Materia.

Seguimos luego hacia la sala de Paleontología. Muchísimas linternitas apuntando a dinosaurios, el grito de sustos, flashes y muchas risas iluminaban este espacio, muchas veces recorrido con la luz del sol y todo un descubrimiento para recorrerlo a la luz de la luna. Apareció la macraquenia de Darwin, los megaterios y todos los gigantes de las distintas eras geológicas. Y mientras caminábamos nos acercábamos a la sala Osteología Comparada. Se empezaba a escuchar música de fondo y luces de colores, coronado por ¡un pulpo gigante todo iluminado!

¡Además de los gliptodontes que vivieron en el mismo lugar que nosotros! Era la muestra Pixmentos Intervención artística visual y sonora.

¡Excelente! Para el cierre estaba previsto el concierto pero las cronistas ya tenían previstas otras visitas.

Se nos hizo la hora de la muestra audiovisual Geometría de la Naturaleza en el Auditorium. ¡Muy divertido y entretenido! Arrancó explicando el profe super claro con las figuras geométricas como el cono y dónde lo encontramos y que significa, como el cuerno de un rinoceronte que da idea de fuerza y la forma de hexágono de las celdas de los panales de las abejas para aprovechar todo el espacio. ¡Fascinante!

Un video viejito pero muy ilustrativo arrancó la sucesión de figuras que terminó con una invitación para recorrer la muestra

de la naturaleza con otros ojos, buscando formas en los huesos, los esqueletos, los insectos, las plantas y todo lo que nos quedaba para ver.

Luego fuimos a la parte superior, donde la sala de Ar-

queología Latinoamericana y Etnografía descubrimos a la luz de las linternas los tejidos y sus significados, la canoa que a la poquita luz que había parecía mucho más grande y los trajes típicos. En las siguientes salas los esqueletos humanos tomaban tamaños y formas distintas a cuando hay luz solar. Las linternas jugaron con nuestros sentidos todo el tiempo. Serían alrededor de las 21:00 hs y ya había mucha gente en todos los espacios. Era momento de dejar que otros también disfrutaran del museo y nos encaminamos a la salida. Una noche espectacular, ¡y una cola que llegaba hasta la avenida Iraola! Aprovechando los puestitos de comida del Bosque nos sentamos a comer un pancho antes de continuar el recorrido. Precios accesibles y todo muy limpio.

Finalizado el descanso, comenzamos a caminar entre la gente hacia el museo de Anatomía de la Facultad de Ciencias Veterinarias. Pasamos por el museo de Gimnasia y Esgrima de La Plata y el de la Facultad de Ciencias Astronómicas y Geofísicas. En este último una cola larga de gente muy animada esperaba ansiosa poder entrar a visitar el museo que siempre ofrece novedades y cosas para disfrutar. Muchos grupos de chicos jóvenes esperaban charlando el momento de ingresar ¡Lo agendamos para el próximo año!

Llegamos a la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales que también ¡habían preparado muestras y abierto su Museo! Las lechugas y acelgas cultivadas a través de todo un circuito basado en agua, sin tierra, realmente nos sorprendieron.

¡Además te enseñaban como obtener los aceites esenciales! En ambos casos los profesionales comentaban y nos explicaban con muchísima dedicación y esmero lo que estábamos viendo y podíamos tocar y disfrutar. En el piso superior nos esperaba el museo de la Facultad. Con una muestra de ovinos y apicultura accedimos a la sala con elementos pedagógicos como láminas, máquinas para hacer manteca de madera y en escala de principios del siglo pasado! Los pupitres también de esa época, además de insectos que se podían ensamblar parte por parte para poder estudiarlos mejor. Excelente mues-



tra y muy bien mantenida, con las personas a cargo muy atentas y dispuestas a contar y explicar todo lo necesario.

Salimos entre los jardines, cruzamos la calle interna y entramos, entre música y esqueletos de cerdos y perros al museo de Anatomía. Si te gusta mucho la anatomía ¡tenes para aprovechar! Vitrinas con preparados del piso al techo, huesos de todos los tamaños y animales, ¡hasta de un elefante de la india! Y pasando todo esto, nos encontramos con una sala donde profesionales muy entusiasmados con su trabajo, que transmitían su pasión, estaban realizando disecciones sobre distintas partes del cuerpo de varios animales. No apto para impresionables, como fue el caso de estas cronistas. En la misma sala podías acceder a una muestra de realidad virtual que tenía muy buen aspecto pero había gente esperando y espacio reducido. La próxima sería ideal ubicarla en otro espacio más alejado de las disecciones. Los voluntarios super atentos y dispuestos a explicar todo lo que veíamos.

Cuando salimos, la noche seguía su curso a todo ritmo, y camino al estacionamiento nos preguntamos ¿y si pasamos por el museo de Física? Una compañera de trabajo participaba de la obra en el Anfiteatro, que el año pasado había estado genial, faltaban veinte minutos y hacia allá fuimos. En el edificio de Matemáticas había gente disfrutando los juegos propuestos por el departamento

Para entrar al museo de física había una cola muy larga todavía. Varios stands en el paseo que está adelante del anfiteatro, con mucho color y movimiento.

Faltaba un ratito para la función y nos sentamos en el anfiteatro, ¡bastante altas! Sobre el escritorio, una serie de instrumentos y elementos de distinta índole no dejaban un espacio para apoyar una tiza. ¡Todo un despliegue genial! Mientras esperábamos recordábamos cursar en este espacio. Las clases de Análisis Matemático 1 con el profesor subiéndolo y bajando pizarrones, ¡que épocas! ¡Toda una nostalgia!

¡Y comenzó la función! Física y Sonido, remontándonos al año 1908, recordar los principios y objetivos fundacionales de la UNLP fue muy emocionante

Luego nos enteramos que la colección de instrumentos que existe en el Museo es única en el mundo, dado que luego de las guerras en Europa muchas colecciones fueron destruidas o desaparecieron en esos años.

Continuaron entrando los actores, los músicos, generando música en vivo con distintos instrumentos y elementos que se movían al ritmo de la música, y se dibujaba el sonido con colores en una pared arriba de los pizarrones.

Terminamos haciendo la ola entre todos los participantes al ritmo de la música, muy divertido y motivador para los más peques sobre todo.

¡Y con todo esto ya eran más de las 11 y media de la noche! Las cronistas dieron por finalizada su tarea y se quedaron con ganas de más. Ya la luna y las estrellas estaban altas en el cielo coronando una noche llena de ciencia y arte para toda la familia. Cuando subimos a la camioneta y prometimos volver el próximo año, nos quedan todavía muchísimas cosas para disfrutar y descubrir.

Trinidad Malaruk y Paola Amadeo



Crónica fotográfica

Casa Curuchet - por Daniel Sagula



La cronista Elena M. Denda

Introducción

Soy una abuela jubilada, después de 43 años de actividad universitaria en la FCE de la UNLP, entre otros lugares, donde ejercí la docencia de profesión de analista organizacional (título de FCE: Licenciado en Administración, posgrados en Ciencias Políticas y Docencia Universitaria)

Me entusiasmó la idea de registrar y observar/ver/notar/ advertir en la noche de los museos 2019, que considero una excelente iniciativa.

Me encantó que me permitieran participar desde este rol. Muy interesante la contrastación entre lo que podía pensar que era un cronista en este evento. Otra cuestión son las expectativas de quienes conocían la existencia del rol y quienes, al enterarse, se expresaron en diversos sentidos.

Ojalá mi producción sea útil. Para mí fue un placer todo el proceso. La UNLP siempre ha sido mi organización de pertenencia, en palabras de Enrique Pichón Rivière.

Expectativas

El 8-11-19 llega el mail para participar de la noche de los museos en La Plata como cronista. Estoy recontenta, van y vienen las ideas.

Es bueno elegir qué es un cronista porque desde allí surge qué hacer. Pienso que imágenes, sonidos, miradas deberían ser incluidas, pero también emociones. Tal vez sea bueno separar las emociones para que quepan las que otros pueden haber sentido frente a lo mismo.

Los lugares elegidos para visitar fueron la Facultad de Bellas Artes, la Biblioteca Central (ambos del circuito 7) y el ex Banco Hipoteca-

Facultad de Bellas Artes

Acceso

A la entrada del edificio se encontraban cuatro jóvenes que amablemente brindaban información sobre la distribución del edificio, del sentido de la circulación libre y de la realización de visitas guiadas.

Una de las jóvenes era alumna de la Carrera de Turismo (FCE) y las otras tres de la Escuela técnica nº 7, cuya profesora era egresada de esa carrera y las había estimulado a participar del evento, sobre el que harían un trabajo práctico. Todas muy atentas y cordiales; cuando me identifiqué, como Cronista, expresaron que sabían de la existencia de ese rol, se manifestaron contentas por el interés respecto a su tarea y refirieron que desde dos meses atrás estaban trabajando para este día.

El ingreso se realiza por un pequeño hall y varios escalones. El desplazamiento resultaba de relativa accesibilidad. No se observan rampas ni indicaciones de que existan ingresos amigables. Observé sólo una persona de la guardia edilicia con su vestimenta característica. Las guías además de sus credenciales vestían con cierta uniformidad que permitía distinguirlas fácilmente.

Al momento del ingreso se encontraba en funcionamiento el buffet. La afluencia de público era pausada, excepto niños, y se mezclaba con la llegada de los expositores e interpretes que ño hacían con instrumentos y elementos.

Recorrido

Lo inicié por el pasillo con mayor afluencia en ese momento. Era el que llevaba al patio donde se podía observar el desplazamiento de muchos niños. El patio en sí mismo resultaba atractivo. Antes de entrar al mismo, me encontré con alumnas de la Escuela Técnica que estaban preparadas para realizar encuestas estructuradas a los asistentes.

A las 19:45 estaba en plena actividad el Taller del Caracol y la sección infantil con gacebos e iluminación intermitente de varios colores sobre una de las paredes. Eran haces de luces que bajaban desde la parte superior del edificio y se desplazaban sobre ella. El mástil existente en el centro del patio está decorado profusamente y su imagen figura en el fondo del sitio web de la institución. Esta es la visión diurna del patio, recuperada del sitio web 23/11/19. En la imagen se observa una de las escaleras de acceso.

La concurrencia era nutrida, mayoritariamente niños, pero también adultos que los acompañaban y otros que dirigían las actividades. La producción de materiales (máscaras con cajas de cartón, proyecciones con efectos especiales) había sido realizada con amplia participación de los propios niños que expresaban su entusiasmo al recibir a otros niños. Algunos eran familiares de integrantes de la Facultad.

Volviendo a la galería de PB, se exhibían en las paredes obras pertenecientes al patrimonio: capiteles, calcos de estatuas, fotografías diversas, entre ellas las de la Secretaría de Extensión del trabajo en cárceles. Todos los materiales estaban acompañados de fichas con los datos de lo exhibido: características, origen, autor si correspondía.

Al final de ese tramo de la galería se encontraban los baños correctamente señalizados, un aula en la que los niños podían acceder a computadoras y utilizar algún aplicativo. En el aula siguiente, se exhibía una instalación interactiva de imagen y sonido. Al ingresar, el asistente podía producir efectos sobre la imagen.

En la galería frente a esa aula, se proyectaban las imágenes y el sonido de una teleconferencia entre alumnos de la Facultad (que estaban en la planta superior) y alumnos de una universidad de México y de Chile. El sonido ambiente no permitía hacer el seguimiento del diálogo. La escalera de dos extensos tramos me disuadió de participar en el aula local. La información era suministrada por un docente.

En el aula siguiente se exhibían fotos relacionadas con las cuestiones ecológicas. Era un ambiente un poco más oscuro.

Continuando por esa galería estaban ubicándose algunas exposiciones y expositores. Regresé al hall de ingreso y consulté por la visita guiada (había visto un ascensor que estaba dispuesta a utilizar). En función de mi dificultad para disfrutar de la última exposición que visité, la consideré necesaria. Consulté con las Guías y me dijeron que en un rato se haría. Me senté a esperar, eran las 20:30. Continuaba el armado de puestos, uno de ellos en el mismo hall parece que se vinculaba con sonido y era interactivo, pero estaban llegando los participantes.

Descansé unos minutos y me desplazé hacia la otra galería donde había una instalación simple, cuya autora se encontraba allí y que me explicó que por una parte se proyectaba una serie de Netflix sobre la villa 31 y a través de los códigos QR se podía acceder desde el celular, a otras expresiones de la producción artística de los habitantes de la misma: danzas, canto, baile, murales.

La intención de contrastar se lograba plenamente.

Avanzando unos metros se exhibía una obra de OBEY, técnica de realidad aumentada que realmente no conocía, pero pude disfrutar. Era realmente atractiva.

OBEY es el nombre de un mural con señas particulares. Es el resultado de una extensa y compleja investigación a través de la cual Doménico Cirasino nos hace parte de su inquietud y fascinación tanto por la tecnología como sobre la condición humana. La particularidad de esta obra mural es que esconde dentro de sí un espacio tridimensional y explorable a través de realidad aumentada. La experiencia para los asistentes comienza con la descarga de una aplicación, diseñada también por el artista, que convierte los dispositivos móviles en un portal a otra dimensión de significado, otro plano interpretativo en el que las figuras se resignifican.

Volví al hall central y la hora de la visita guiada no estaba establecida. Eran las 21 hs. me dirigí a la Biblioteca Pública. Lamenté no poder disfrutar más plenamente la visita a Bellas Artes por mis limitaciones de desplazamiento y la demora e imprecisión en la realización de la visita guiada.

Salas Museo de la Biblioteca Pública

Acceso

El ingreso también incluye varios escalones y una pequeña rampa. Ya en la vereda, se encontraba la Mesa portátil de gente que dice no saber dibujar, que concitaba la afluencia sobre todo de niños y jóvenes.

A esa hora la afluencia era relativamente numerosa, pero sin espera. Había una o dos guías y varias personas de la guardia edilicia. El lugar cuenta con arco de seguridad. Las dos puertas se encontraban abiertas. Resultó muy interesante la presencia de varios los empleados en cada área. Ellos habían trabajado en la construcción de la forma en que cada área/sector presentaría lo que consideraron sus materiales más interesantes y de qué manera expondrían a los visitantes sus características principales. En todos los sectores que recorrí el personal se ofrecía para orientar a los visitantes con predisposición, amabilidad y notorio orgullo sobre el valor de lo que se exhibía. También la vestimenta estaba coordinada y resaltaban las credenciales coloridas, tal vez por la vestimenta oscura. No las noté en el sitio anterior, en otras personas que las guías y encuestadoras.

La iluminación y la accesibilidad en todo el edificio hacían muy agradable el desplazamiento. Los visitantes lo expresaban.

La relevancia del premio de la Unesco por la Colección Cervantina estaba presente en todos los detalles. Por ejemplo, en los libros que se exhibían sobre cada uno de los puestos de la Sala de Lectura.

En el sitio Web de la Biblioteca estaba destacada la actividad de la

Noche de los Museos y las actividades previstas. Es de destacar la posibilidad de asociarse en ese momento.

Observé que era notoria la presencia de turistas nacionales y extranjeros.

Recorrido

Comencé por la Sala Juvenil e infantil, donde asistí a la presentación de Teatro de objetos en una sala colmada de niños y padres. La obra presentada refería de manera divertida y resumida a la obra de Cervantes y se repetiría cada media hora. La sección de los más pequeños que incluye libros para disfrutar allí, recibía en forma permanente nuevos visitantes. Los comentarios de los asistentes eran otra presentación en sí misma.

El teatro estaba ubicado en la sala de lectura juvenil, a la que se habían agregado cómodas sillas.

Al salir de allí y por un encuentro casual, accedí en el montacargas a la planta alta, comenzando por la Hemeroteca. Sobre las amplias mesas donde se realizan las consultas, estaban expuestos perfectamente protegidos, diarios muy antiguos, de varias ciudades del interior y también de otros países, desde las primeras décadas del siglo XIX, publicaciones paradigmáticas de varios momentos históricos, como El Mosquito. Además, de más de veinte periódicos y revistas actuales. El personal comentaba con los visitantes los detalles de los mismos y orientaba sobre temas específicos.

Siguiendo con el recorrido por la planta alta, recorrí los dos salones donde se desarrollaba la muestra de Libros raros y curiosos, con explicaciones amenas y completas de lo allí exhibido. El personal que informaba había participado en la elección de los materiales y resaltaba la labor de todos los sectores, por ejemplo, de los técnicos que participan en las tareas de conservación y recuperación de materiales, destacando las variaciones en las metodologías aplicadas a través de la historia. Por ejemplo, actualmente no se reemplazan las tapas y portadas, excepto que sea absolutamente imposible. Incluso no vuela a encuadernarse una obra, sino que se

construye una especie de caja que contendrá la obra en el estado que se encuentre. También se destacó la tarea de estudio de las características y contenidos de un objeto libro para obtener los datos perdidos/destruidos: fecha, lugar, editor, título, autor.....

Mucho interés despertaba en los asistentes a las explicaciones, la existencia de un catálogo de publicaciones prohibidas en algún momento y quizá destruidas por la humedad o plagas. Las 5 especificaciones sobre estilos de las editoriales, tipo de papel, técnicas de encuadernación, de impresión, de armado del objeto libro fueron expuestas y ejemplificadas. Una verdadera historia de las formas que asume en diferentes épocas y culturas.

Las visitas a las Salas Joaquín V. González, Alejandro Korn y Sala La Plata se encontraban perfectamente dispuestas para las visitas y el personal estaba predispuesto a acompañar a los visitantes, además de contarse con carteles explicativos e informativos.

A continuación, bajé por la rampa al piso inferior y visité la Sala de Lectura Pública en la que el público era menos numeroso pero parecía experto, por cuanto preguntaban por ediciones precisas, recorrían los capítulos y observaban detalles como los que se habían explicado en las salas del piso superior.

Imperaba como es habitual, el silencio y los desplazamientos pausados.

Eran las 22:30 y estaba realmente cansada, de manera que volví caminando a mi casa, la noche era un poco más fresca y pensaba si llegaría a mi tercer destino. Finalmente desistí, creo que ya tenía suficientes ideas y preguntas para varios días. Me despedí de las personas que había encontrado.

Elena M. Denda

Cronicas Audiovisuales



VER VIDEO

Azul Celada



VER VIDEO

Lourdes Quinteros



VER VIDEO

Vanesa Paradis

Ciencia a la Luz de la Luna

(escrito inspirado en La Noche de los Museos, que aconteció en noviembre 2018). Por Adriano

Son tiempos difíciles para ejercer la ciencia en Argentina. Desde hace unos años, los recortes presupuestarios vienen afectando considerablemente al sector, motivo por el cual un gran número de investigadores tiene la dignidad de rebelarse y copar las calles, visibilizando tales realidades que de otra manera no se conocerían, a la vez empatizar con la ciudadanía para generar adhesiones que –al fin y al cabo– contribuyen al bien común de la población.

Si la educación es un derecho, el conocimiento científico se vuelve imprescindible para mejorar las condiciones de vida de un país. Más aún: deviene síntoma de desarrollo e integración; alternativas y soluciones a problemáticas latentes. Políticas de Estado que alienten la investigación resultan indispensables para optimizar la búsqueda y puesta en acto de propuestas que garanticen una existencia digna en términos colectivos.

A tono con el giro que los saberes universitarios han tenido en los últimos veinte años –la divulgación como estrategia para acercar conocimientos despojados de toda rigurosidad academicista, pero sin abandonar la influencia ni los destacados aportes de los estudios superiores–, un grupo de estudiantes y profesionales de diversas disciplinas (Física, Astronomía, Humanidades, entre otras) se dio cita en el Museo de Física de la UNLP para dar curso a distintas experiencias culturales y educativas destinadas al público en general.

Desde el juego y la indagación, hubo convocantes recorridas para comprender y dimensionar los misterios de un universo explicado especialmente a la infancia.

El arte hizo posible la combinación de la música con el espacio, apelando al movimiento ondulatorio del sonido que se expresó a través de distintas figuras, las cuales permitían entender la dinámica de lo perceptible a partir de la intervención de tres de los sentidos que tiene el ser humano (la vista, la escucha; y en ocasiones, el tacto siendo testigo de las vibraciones).

Conceptos tan abstractos como las dimensiones conocidas –alto, largo, ancho– y otras por explorar –como el tiempo y todo aquello que va más allá del mundo físico–, lograban ser expuestos en términos sencillos y accesibles.

Además, ilusiones ópticas provocadas por los cambios de colores a causa de la intervención de la luz, daban un aura de espectacularidad a un evento que proyectaba imágenes irrumpiendo en la oscuridad.

El factor cultural también estuvo presente: las civilizaciones antiguas miraban hacia el cielo para encontrar en las estrellas coordenadas capaces de conectar caminos. En torno a esas variables, se han creado infinidad de historias –mitos, leyendas– que dan cuenta de la capacidad humana para interpretarse a sí misma como parte de una especie en permanente construcción.

Diversos proyectos de extensión lograron acercar la universidad a distintos sectores que decidieron asistir al encuentro con lo desconocido: desde cómo funcionan los imanes hasta vivencias lúdicas con la matemática en rol protagónico, pasando por especialistas que se dedicaron a compartir conocimientos en torno al cine de animación y los impactos de distintos descubrimientos en el área de la salud.

Como cierre, vale destacar una obra teatral que hizo eje en la historia de la ciencia desde antes de ser considerada como tal.

Apelando al humor y teniendo en cuenta el contexto de cada época,

científicos e investigadores se animaron a actuar en una aventura verosímil de ficción que permitió reunir más de veinticinco siglos en algo así como una hora.

De eso se trata.

Entretener.

Convocar.

Socializar saberes que no deben quedar encerrados en las academias sino que ameritan hacerlos circular.

Despertar vocaciones es una tarea compleja pero no imposible.

Comprometerse a crear instancias de difusión es una tarea elogiada que se valora y agradece.

Estos miembros activos de la universidad aman lo que hacen.

Resisten como pueden a las condiciones adversas en que se encuentran como actores vinculados al conocimiento científico.

Y buscan devolverle algo al país.

Que todas sus intervenciones sean identificadas por los principales organismos estatales encargados de administrar fondos.

La educación: nunca un gasto, siempre una inversión. Por una máxima que tenga eco.

Adriano (Profesor de Filosofía egresado de la UNLP)